**Jueves X del TO
Ciclo B**

10 de junio de 2021

2Cor 3, 15-4,1.3-6

Sal 84
Mt 5,20-26

*P. Eduardo Suanzes, msps*

Ahora Pablo, en la Primera Lectura, les dice a los de Corinto que hay una ceguera, una oscuridad, que la luz de Dios no puede penetrar: la ceguera voluntaria que se obtiene por adhesión del ser humano a los valores del mundo contrario a Dios. Y no la puede penetrar sin violentar la libertad humana. Esta ceguera, dice, se cierne sobre la mente del hombre ocultando la realidad de su verdadero ser.

Sin embargo, el hombre que se adhiere a Jesús y se quita el velo de la mente es iluminado por el Espíritu Santo y su imagen deformada se va transformando paulatinamente hasta recobrar la imagen de Dios (que es Cristo). Este es el ideal apostólico y de la vida cristiana, pues la contemplación de Jesucristo transforma al creyente en un proceso que se define como una transfiguración espiritual: una manifestación de la gloria de Dios en la vida cotidiana del seguidor de Jesús[[1]](#footnote-1).

Mientras estemos ciegos no podremos reconocer a Jesús; mientras estemos aferrados a nuestros conceptos previos acerca de quién es él y de cómo debe manifestarse en nuestros hermanos y en nosotros mismos, no podremos reconocerlo. Cuando, sin embargo, somos capaces de abrirnos sinceramente, él demolerá nuestra y entonces tendremos una visión y un tono más realista. El precio de reconocer a Jesús es siempre el mismo: nuestra idea de Él, de la iglesia, de la espiritualidad, de Dios mismo ha de ser demolida. Y este es un proceso al que todos estamos sometidos en distintas etapas de nuestra vida.

 Para ver con los ojos de la fe debemos liberarnos de nuestras mentalidades acondicionadas por nuestra cultura. Cuando liberamos nuestra visión limitada y privada, aquel que había estado escondido para nosotros a causa de nuestros valores preestablecidos y de nuestras ideas preconcebidas hace que de nuestros ojos se caigan las escamas que nos cegaban, descubrimos que Él estaba allí todo el tiempo, y por fin percibimos su Presencia. Con la visión transformada por la fe, regresamos a nuestras rutinas monótonas y a las tareas cotidianas, pero ahora reconocemos a Dios entregándosenos en todas las personas y en todas las cosas. El velo ha caído[[2]](#footnote-2).

Jesús en el Evangelio nos dice que en la relación con Dios lo externo no es lo definitivo, lo decisivo es la actitud del corazón. Con el ejemplo del «*no matarás*» Jesus plantea la exigencia desde otro punto de vista. Es la actitud interna, la de estar airado con el hermano, la que merece ya el juicio. Para el reino se requiere el «limpios de corazón», como un momento antes había dicho en las bienaventuranzas[[3]](#footnote-3). En el reino de Dios, el desprecio manifestado hacia el hermano es como el homicidio. No basta, pues, cumplir la Ley, que ordena «*no matarás*». Es necesario, además, arrancar de nuestra vida la agresividad, el desprecio al otro, los insultos o las venganzas. Aquel que no mata cumple la Ley, pero, si no se libera de la violencia, en su corazón no reina todavía ese Dios que busca construir con nosotros una vida más humana. Y es que se está extendiendo en la sociedad actual un lenguaje que refleja el crecimiento de la agresividad. Cada vez son más frecuentes los insultos ofensivos, proferidos solo para humillar, despreciar y herir. Palabras nacidas del rechazo, el resentimiento, el odio o la venganza[[4]](#footnote-4).

Por otra parte, las conversaciones están a menudo tejidas de palabras injustas que reparten condenas y siembran sospechas. Palabras dichas sin amor y sin respeto que envenenan la convivencia y hacen daño. Palabras nacidas casi siempre de la irritación, la mezquindad o la bajeza.

No es este un hecho que se dé solo en la convivencia social. Es también un grave problema en el interior de la Iglesia. El papa Francisco sufre al ver divisiones, conflictos y enfrentamientos de «cristianos en guerra contra otros cristianos». Es un estado de cosas tan contrario al Evangelio que ha sentido la necesidad de dirigirnos una llamada urgente: «No a la guerra entre nosotros»:

«*Me duele comprobar cómo en algunas comunidades cristianas, y aun entre personas consagradas, consentimos diversas formas de odios, calumnias, difamaciones, venganzas, celos, deseos de imponer las propias ideas a costa de cualquier cosa, y hasta persecuciones que parecen una implacable caza de brujas. ¿A quién vamos a evangelizar con esos comportamientos?»[[5]](#footnote-5).*

Cuando el insulto llega a excluir al otro del propio trato, dice Jesús que merece la pena definitiva. «*EI quemadero*», la gehenna, tomó su nombre del valle Gehinnon, y era el gran quemadero de basuras de Jerusalén; había pasado a ser símbolo del castigo definitivo, concebido como la destrucción por el fuego.

Creo que es dramáticamente claro el mensaje de Jesús para nosotros. Creo está meridianamente claro. Para Jesús, es inútil acercarse a Dios si existe la división entre nosotros. Nos advierte sobre las consecuencias para el que está en la situación de no reconocer esa división (cuando está presente) ni procurar la reconciliación. Cuando no se ataja la discordia, su efecto recaerá sobre el que no ha querido dar el paso para lograr la paz.

1. Cfr. Luís Alonso Schökel. *La Biblia del Peregrino. Edición de Estudio. Vol. III*. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra) 1997 [↑](#footnote-ref-1)
2. Cfr. Thomas Keating, ocso. *EL misterio de Cristo. La liturgia como una experiencia espiritual*. Ed. Desclée de Brower. Bilbao, 2007 [↑](#footnote-ref-2)
3. Cfr. 5,8 [↑](#footnote-ref-3)
4. José A. Pagola. *No a la guerra entre nosotros*. En www.religiondigital.org [↑](#footnote-ref-4)
5. Francisco. *Evangelii Gaudium*. Exhortación Apostólica, 100. Roma, 2013 [↑](#footnote-ref-5)